

§ III. Comida de los guardias-du-corps. — Los dias 5 y 6 de octubre. — La asamblea en Paris.

La aparente calma, que reinaba despues de dos meses, encubria nuevas borrascas, que debian estallar. Todos los partidos se movian en secreto, y los aristócratas formaban diferentes planes, para disolver la asamblea. Se hablaba, vagamente de robar al rey, conducirle á Metz, y hacer marchar el ejército del marques de Bouillé, contra la representacion nacional. Al mismo tiempo se sentía demasiado la escasez en la capital, y la falta de subsistencias debia conducir el pueblo á nuevos movimientos. El haber el rey retardado la sancion de los decretos del 4 de agosto, y los odios, recientemente, ocasionados, por

el voto del derecho del *veto*, causaban una distinguida fermentacion, preludio cierto de siniestros acontecimientos. La imprudencia de la corte apresuró su cumplimiento, y, sin duda, el duque de Orléans aumentó su gravedad.

El proyecto de arrebatarse al rey habia ya circulado en la capital, y tambien los ciudadanos habian manifestado la violenta intencion de oponerse á la evasion, y traerle á Paris antes de verificar su marcha. Rumores de insurreccion, y de irrupcion de los Parisienses, en Versailles, habian llegado á palacio, y una carta de Lafayette les habia dado alguna consistencia. La corte se alteró, y quiso prepararse á la defensa, ó acaso á la ejecucion del proyecto, que se le aconsejaba, en vano. El conde de Estaing, comandante de las guardias nacionales

de Versalles, fué encargado de auxili-
arla en esta empresa. Se trataba de for-
tificar la guarnicion de Versalles, y la
municipal, solamente, tenia el derecho
de hacerlo. El conde Estaing imploró el
socorro de dicha municipalidad, le re-
presentó los peligros de la familia real, y
obtuvo la autorizacion de hacer venir el
regimiento de Flandes sobre que contaba
la corte, mas que, sobre otro alguno.

Un regimiento era bien débil defensa
contra todo un pueblo, y la apariencia
de una precaucion hostil, podia ser muy
peligrosa, y á esta imprudencia se aña-
diéron otras mayores aun, bajo pretesto
de hacer distribuir por medio de la
reina, banderas á la guardia nacional,
se pasó con toda ostentacion revista á la
guarnicion entera de Versalles, como
para hacer alarde, y parada de las fuer-

zas de la corte. Los guardias de corps, ^{1º octub.}
queriendo asegurarse del espíritu de los
oficiales del regimiento de Flandes, los
convidáron el mismo dia, á un ban-
quete, y la corte, fundando grandes es-
peranzas en esta reunion, ayudó, para
que los guardias aumentasen la magni-
ficencia. El rey dió la sala de la opera,
para el festin, y el vino servido con
profusion á los convidados, circuló en
abundancia por todas las mesas. La exal-
tacion aristócrata de estas gentes estaba
en su colmo y se brindó por el rey, la
reina, y el delfin, despreciando, con
desden, el brindis, por la nacion. Los
granaderos de Flandes, y los cazadores
de los tres obispados, se presentáron,
mientras se comia, y fuéron obsequia-
dos, con transporte. La familia real en-
tró, entonces, y puede decirse que pre-

sidió al festin de sus imprudentes servidores, de quienes invocaba la proteccion. La reina presentó su hijo á los soldados, y recorrió las mesas con el rey; dijo á los guardias de corps, que contaba con su fidelidad, y que todo el tiempo, que estuviese entre ellos, no temeria á los facciosos. Inmediatamente se redobló la exaltacion, y los gritos de amor, por el monarca, y su familia se mezcláron en las imprecaciones, contra los defensores de la libertad. Siguiéron al rey, y la reina, con las mas vivas aclamaciones; se pusieron la cucarda blanca, y pisaron los colores nacionales, gritando, fuera de cucardas de color. ¡La blanca es solamente buena, y la sola, que triunfa! Esta fiesta vino pronto á ser una orgía; los vacilantes atletas, acosados por el vino, se aban-

donáron á mil fanfarronadas contra enemigos, que se hallaban ausentes, se fuéron á su alojamiento maldiciendo á los patriotas, y gritando victoria, y contra-revolucion. El dia siguiente se renováron estas escenas en una comida, ^{2 octub.} en que, el duque de Guiche se reconcilió con los guardias de corps, y, aun, fuéron mas serias. En el palacio, y en el mismo cuarto del rey, damas de la corte, con afectacion ridicula de espíritu caballeresco, adornáron los aristócratas, con cucardas, y bandas-blancas. Se negáron, desdeñosamente, á recibir un caballero de San Luis, vestido con uniforme nacional, y se respondió, con una insultante ironia, á Lecointre¹,

¹ Coronel de la milicia de Versalles, y despues diputado convencional.

que se quejaba de tan indecente conducta. En Paris imitaron algunos imprudentes este delirio; varios jóvenes militares se paseaban, en público, con cucardas de un solo color, y era la reina quien, por su aprobacion, aumentaba la gravedad de estas locuras. A guardias nacionales, que le daban gracias, por la distribucion de las banderas, les respondió: «¡Oh! si, estoy muy contenta del día jueves;» haciendo alusion á la escena, en que ella habia sido, á un mismo tiempo, autor, y testigo.

Esta inútil rebelion, contra la voluntad nacional, unida al rumor, que circulaba, acerca del huida del rey á Metz, y á la miseria, que se dejaba conocer, por instantes, debía traer una crisis terrible. Ya empezaron á romper, en Paris, movimientos insurreccionales;

los atrevidos, que llevaban la cucarda de un color, exponian su vida. «Temos derecho de quitar la vida al que intenta quitarnosla á nosotros, se gritaba en el Palacio real; los que llevan la cucarda negra ponen en peligro la nacion; es preciso, pues, colgar del primer farol á los que lleven esta cucarda anti-nacional.» Y el pueblo aplaudia, con furor, esta lógica atroz. El fatal farol se descolgó... Lafayette, y Bailly tuvieron mucha pena, para calmar la agitacion, y prevenir nuevos excesos.

El 5, desde la mañana, algunas mujeres se reunieron en el arrabal de San Antonio, gritando que el pueblo no tenia pan; que los representantes de la ayuntamiento eran traidores, y que era preciso pedirle cuenta de su conducta: se apoderaron de unos tambores, y recor-

riéron la ciudad, deteniendo á todas las mugeres, que encontraban y las llevaban, por fuerza, en su compañía. A sus gritos, varios hombres se armáron, y se fueron á la casa de ayuntamiento. Las mugeres atacaron la guardia de caballería, y rechazadas á su turno, por la milicia nacional, invocáron el socorro de los hombres de pica, y apedreáron á los guardias nacionales. Inmediatamente, entráron en la casa de ayuntamiento, recorriéron las habitaciones, tocáron á rebato. ... Mientras que otras saqueron los salones, que cruzaban ó bailáron, cantáron, y comiéron, en medio del consejo de los representantes del ayuntamiento. Algunas con el hachon en la mano, quisieron quemar los papeles, y Maillard su gefe las detuvo; entónces se reuniéron, al rededor de él, gritando

á Versailles, pan! y marcháron en desorden, llevando tras sí, cañones.

En este momento se oia tocar, á rebato, en todos los distritos. La guardia nacional se reunia, y los antiguos guardias franceses, divididos en compañías, pagadas por la milicia parisiense, llegaron á la plaza de Grève. El pueblo los acogió con mil aclamaciones, y por todas partes se gritaba, ¡A Versailles! á Versailles! Venguémos los ultrages hechos á los colores nacionales, y pidámos pan! Lafayette, y sus edecanes tratáron de calmar la agitacion, que se aumentaba por momentos; pero las voces se perdian en la confusion de gritos, mil veces repetidos, ¡A Versailles! á Versailles! Sus edecanes declaráron á Lafayette que, si se negaba al deseo general, corria peligro su vida; sin embargo el general,

incierto, deliberaba, aun; una carta de
 5 octub. la municipalidad llegó á traerle la orden
 de marchar; obedeció con pena, y marchó entre los soldados, menos como general, que dirige sus compañeros de armas, que como un preso que se lleva al suplicio.

En estas circunstancias la asamblea deliberaba, sobre la respuesta que el rey acababa de dar, con relacion á la sancion de los decretos del 4 de agosto. Los debates eran violentos; la orgía de los guardias de corps, la aparicion en Paris, y la cucarda negra se hallaron naturalmente unidas á la discusion. Petion denunció estas escenas escandalosas, y un miembro del lado derecho le intimó, que firmase la denuncia. Entónces

↳ Lado, en donde se sentaban los privilegiados.

Mirabeau, subiendo con calma á la tribuna, declaró, que miraba como soberanamente impolitica la denuncia, provocada, por los aristócratas. « Sin embargo, añadió; si hay un empeño, estoy pronto, yo mismo, á dar todos los detalles, y firmarlos; pero, ántes, pido que esta asamblea declare la persona del rey, la única inviolable, y que todos los demas individuos del estado cualesquiera, que sean, están igualmente sujetos, y responsables ante la ley. » Se adivinó inmediatamente, la persona á quien Mirabeau queria acusar. Los aristócratas se asustaron; retiraron la mocion, y el presidente se encargó, aun, de ir á ver al rey, para apresurar la sancion de tan famosos decretos.

El ejército Parisiense estaba en marcha, y sin duda, una parte de los legis-

ladores conocia bien este movimiento. Es probable, que los partidarios del duque de Orléans hayan contado con este motin, y el susto de la corte, para poner sobre el trono á este principe. Muchas proposiciones, autenticamente, contadas, despues, lo indicáron bastante, y Mirabeau parece haber sido el alma de esta conjuracion, si se puede llamar de esta manera el designio de aprovecharse de un acontecimiento fortuito; pero el duque de Orléans, demasiado cobarde, para aprovecharse de esta ocasion, perdió, todo el fruto, por pusilaminidad; y sí, hasta este momento se había intentado elevarle al poder, es de presumir, que despues, renunciaron ya sus amigos semejante proyecto.

Mirabeau, muy agitado, tomaba muy

poca parte en la discusion, y manifestaba su deseo de concluir la sesion, para ser dueño de las acontecimientos, cuando el tropel parisiense llegase. Se arrimó al presidente, y le dijo en voz baja: « Mounier, Paris corre contra nosotros. — No sé nada. — Que me creáis ó no, importa poco; pero Paris, os lo aseguro, corre contra nosotros. Disimulad; subid á Palacio, hacedles saber esta noticia, y decidles, si quereis, que yo os la he dado; consiento en ello; pero haced cesar esta controversia escandalosa; mirad, que el tiempo aprieta demasiado, y no se debe perder ni un minuto. — Paris viene contra nosotros, dijo Mounier; bien! tanto mejor; seremos ántes republicanos. » Se dijo que, en el mismo momento, y mientras, que el ejército parisiense estaba en marcha,

Barbantana, partidario del duque de Orléans, y uno de los hijos de este príncipe, pronunciaron, en una de las tribunas de la asamblea, proposiciones exaltadas, y amenazaron á los miembros del lado derecho con el farol, y los asesinatos de julio.

Sin embargo, las mugeres, que salieron de la casa de Ayuntamiento de Paris, llegaban á Versalles, gritando; viva la nacion! á lo que respondieron los guardias nacionales de este pueblo, Vivan nuestros bravos Parisienses! Maillard, su gefe, les harengó, y se fué con ellos, al rededor del salon de los estados.

El oficial de guardia dió parte al presidente de la solicitud de las mugeres. Mounier permitió que entrasen quince con Maillard, su orador, y se presentaron con su traje asqueroso: una de

ellas llevaba una bandera en la punta de una pértiga; y otras, estandartes, no menos grotescos; y Maillard, con una espada desenvainada, en la mano, iba á la cabeza. Ya que llegaron á la barra, expuso, que Paris no tenia pan, hacia tres dias, y lo pidió á la asamblea, reclamando al mismo tiempo el castigo de los guardias de corps, y los aristócratas. « Dan dinero á los molineros porque no muelan, » gritó; y sobre la interpelacion, que se le hizo de nombrar los culpables, tartamudeó algunos instantes, y nada respondió; pero las mugeres, que le acompañaban, acusaron, vagamente, al arzobispo de Paris. Maillard en seguida se encolerizó contra los aristócratas, en términos tan groseros, que el presidente Mounier le llamó al respeto, que debia á la asamblea. En